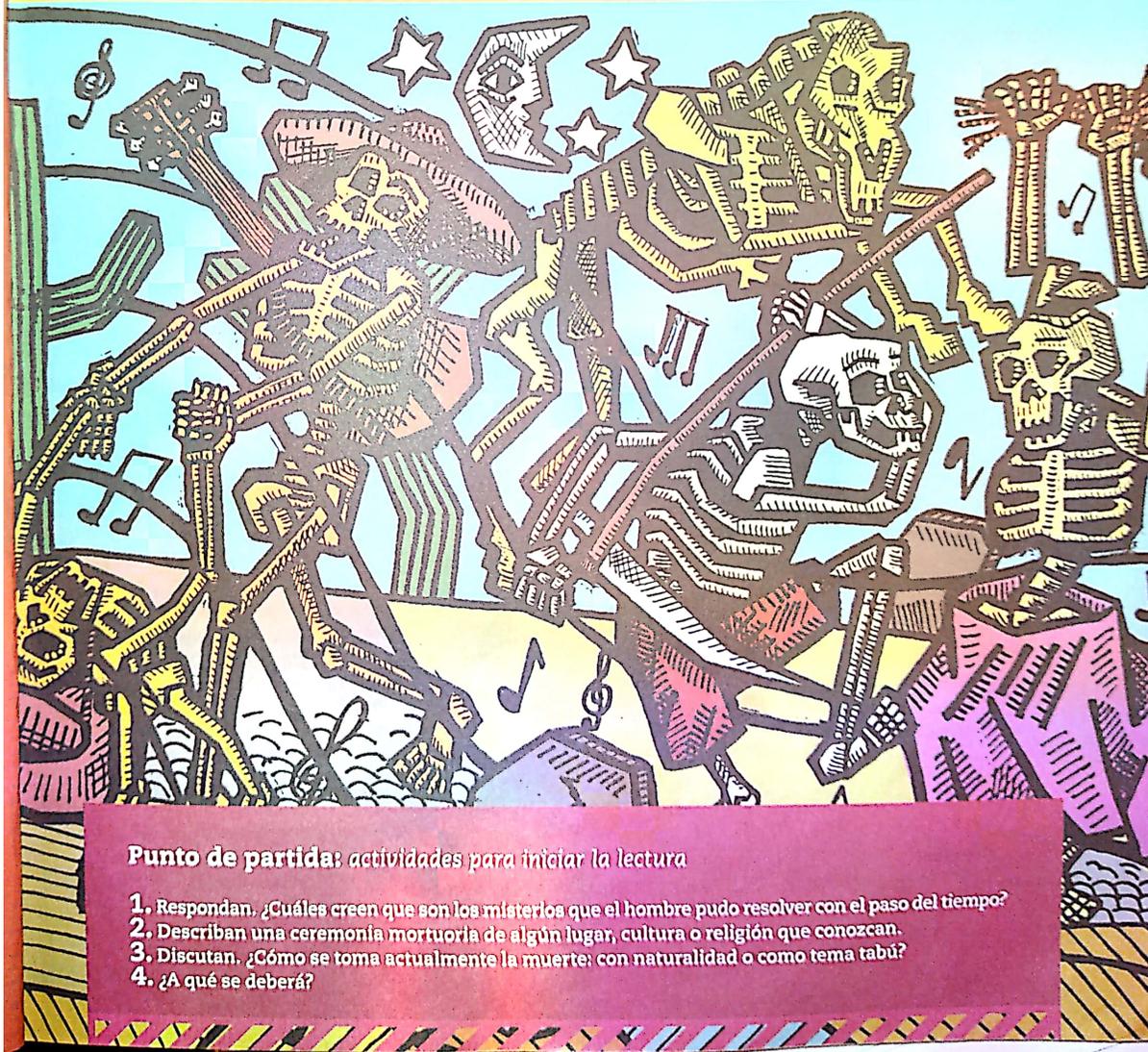


I. Alegorías de la muerte

La muerte es uno de los misterios que el hombre no ha podido descifrar ni mucho menos conquistar. Cada época la imaginó de una manera específica, pero su condición inevitable no nos resulta ajena. Desde los antiguos egipcios, cuyos rituales de enterramiento suponían la inmortalidad, hasta la celebración del día de los muertos en México, muchas son las representaciones que giran en torno a ella. Una literatura funeraria se desarrolla a partir de las fantasías humanas planteando que la mejor forma de pensar la muerte es pensar la vida.



Punto de partida: actividades para iniciar la lectura

1. Respondan. ¿Cuáles creen que son los misterios que el hombre pudo resolver con el paso del tiempo?
2. Describan una ceremonia mortuoria de algún lugar, cultura o religión que conozcan.
3. Discutan. ¿Cómo se toma actualmente la muerte: con naturalidad o como tema tabú?
4. ¿A qué se deberá?

Las intermitencias de la muerte

José Saramago

Mediante una carta violeta, la muerte avisa a los habitantes de un país que morirán en una semana. Pero una, enviada a un violonchelista, vuelve rechazada. La muerte, con frustración y desconcierto, decide tomar la forma de una bella mujer, ir al concierto y entregar la carta personalmente. Pero las cosas no salen como esperaba.



Con su vestido nuevo comprado ayer en una tienda del centro, la muerte asiste al concierto. Está sentada, sola, en el palco de primera, y, como hizo durante el ensayo, mira al violonchelista. Antes de que las luces de la sala hubieran sido reducidas, mientras la orquesta esperaba la entrada del maestro, él se fijó en aquella mujer. (...) La muerte, que tanto y tan peligrosamente había sonreído desde que salió de su helado subterráneo, no sonríe ahora. Del público, los hombres la habían observado con indecisa curiosidad, las mujeres con celosa inquietud, pero ella, como un águila bajando rápida sobre el cordero, sólo tiene ojos para el violonchelista. (...) La orquesta se ha callado. El violonchelista comienza a tocar su solo como si sólo para eso hubiera nacido. No sabe que la mujer del palco guarda en su recién estrenado bolso de mano una carta de color violeta de la que él es destinatario, no lo sabe, no podría saberlo, a pesar de eso toca como si estuviera despidiéndose del mundo, diciendo por fin todo cuanto había callado, los sueños truncados, las ansias frustradas, la vida, en fin. (...) Cuando el concierto terminó y el público rompió en exclamaciones, (...) la muerte, de pie en el palco, por fin sonriendo, cruzó las manos sobre el pecho, en silencio, y miró, nada más (...), ella sólo miraba. Cuando el violonchelista se volvió hacia el palco, ella, la mujer, ya no estaba. Así es la vida, murmuró.

Se equivocaba, la vida no es así siempre, la mujer está esperándolo en la puerta de artistas. Entonces, apareció el violonchelista. Al verla, se detuvo, incluso llegó a esbozar un movimiento de retroceso, como si, vista de cerca, la mujer fuera otra cosa que mujer, algo de otra esfera, de otro mundo, de la cara oculta de la luna. (...) La mujer estaba ante él, le decía, No me huya,

he venido para agradecerle la emoción y el placer de haberlo oído, Muchas gracias, pero soy un músico de la orquesta, nada más, no un concertista famoso (...) aunque me sienta halagado por su atención, no creo ser merecedor de ella, El público no parece haber sido de la misma opinión, Son días, Exactamente, son días, y, por casualidad, es éste el día en que yo le aparezco, No querría que viera en mí a una persona ingrata, maleducada, pero lo más probable es que mañana se le haya pasado el resto de la emoción de hoy (...), No me conoce, soy muy firme en mis propósitos, Y cuáles son, Uno sólo, conocerlo, Ya me ha conocido, ahora podemos decirnos adiós, Tiene miedo de mí, preguntó la muerte, Me inquieta, nada más, Y es poca cosa sentirse inquieto en mi presencia, Inquietarse no significa forzosamente tener miedo, puede ser apenas una alerta de la prudencia, La prudencia sirve nada más que para retrasar lo inevitable, más pronto o más tarde acaba rindiéndose, Espero que no sea mi caso, Yo tengo la seguridad de que lo será. (...) La mujer dio unos pasos y dijo, Vamos, Adonde, preguntó el violonchelista, Yo, al hotel donde me hospedo, usted, sumpongo que a su casa, Se aproximaba un taxi libre. La mujer hizo una señal para pararlo y se volvió hacia el violonchelista, Lo llevo a casa, No, la llevo yo al hotel y luego sigo a casa, Será como yo he dicho, o entonces toma otro taxi, Está habituada a salirse con la suya, Sí, siempre, Alguna vez habrá fallado, Dios es Dios y casi no ha hecho otra cosa, Ahora mismo podría demostrarle que no fallo, Estoy dispuesto para la demostración, No sea estúpido, dijo de repente la muerte, y había en su voz una amenaza soterrada, oscura, terrible. (...) Cuando el taxi paró en el primer destino, el violonchelista dijo antes de salir, No con-

sigo entender qué pasa entre nosotros, creo que lo mejor será que no volvamos a vernos, Nadie lo podrá impedir, Ni siquiera usted, que siempre se sale con la suya, preguntó el músico, esforzándose por ser irónico, Ni siquiera yo, respondió la mujer, Eso significa que fallará, Eso significa que no fallaré. (...)

El violonchelista entró en casa murmurando irri-
tado, Está loca, loca (...). Recordaba frases que la mu-
jer había dicho, la alusión a las ambigüedades que
siempre se pagan, y descubría que todas las palabras
que ella había pronunciado, si bien pertinentes en el
contexto, parecían contener otro sentido, algo que no
se dejaba captar, algo tantalizante (...).

El músico afinaba su violonchelo con su diapasón. Sin embargo, no lograba olvidarse de las manos cruzadas en el pecho de la mujer durante su solo.

El diapasón había regresado al silencio, el violon-
chelo ya estaba afinado y el teléfono sonó. El músi-
co se sobresaltó, miró el reloj, casi la una y media.
Quién demonios será a estas horas, pensó. Levan-
tó el auricular (...) No se enfade, le llamo para que
me perdone, nuestra conversación enseguida
tomó un rumbo peligroso, y ya se ha visto el re-
sultado, un desastre, Alguien la desvió, pero
no fui yo, La culpa fue toda mía, en general
soy una persona equilibrada, serena, No
me ha parecido ni una cosa ni otra,

Tal vez sufra de doble personalidad, (...) [I]gnoro cómo
se llama, qué hace, qué es, Lo sabrá a su tiempo (...),
tengo una carta para entregarle y no se la he entrega-
do, podía haberlo hecho a la salida del teatro o en el
taxi, Qué carta es, A su tiempo lo sabrá, Por qué no me
la entregó, si tuvo oportunidad para ello, Dos oportu-
nidades, Insisto, por qué no me la entregó, Eso es lo
que espero llegar a saber, tal vez se la entregue el sá-
bado, después del concierto, el lunes ya no estaré en la
ciudad, No vive aquí, Vivir aquí, lo que se llama vivir,
no vivo, No entiendo nada, hablar con usted es lo mis-
mo que haber caído en un laberinto sin puertas, Ésa sí
que es una excelente definición de la vida, Usted no es
la vida, Soy mucho menos complicada que ella (...).

Saramago, José. *Las intermitencias de la muerte*, Madrid, Alfaguara, 2005.



Un alto en el camino: para comprender la lectura

1. Según el fragmento leído, respondan.

- ¿Por qué les parece que la muerte falla en sus intentos de darle la carta al violonchelista?
- ¿Por qué el músico no puede olvidar a la mujer del concierto?

2. Expliquen la frase en la que el músico toca su solo «como si sólo para eso hubiera nacido».

3. A partir de la decisión de la muerte de volver a contactar al músico, respondan.

- ¿Qué indicios hacen suponer el desenlace?
- ¿Consideran que, de algún modo, la muerte pierde sus condiciones sobrenaturales? ¿Qué hace pensar esto?
- Expliquen el final de la conversación entre el músico y la muerte.